# EL VII PREMIO "MENÉNDEZ Y PELAYO"

## PREMIO «MENÉNDEZ Y PELAYO» A JOSÉ MANUEL BLECUA

*Laudatio* pronunciada en el acto de entrega del VII Premio «Menéndez y Pelayo» al profesor José Manuel Blecua. Santander, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, 28 de julio de 1993.

Excmo. Señor Rector, Excmas. Autoridades, estimados colegas, queridos amigos:

Tengo la sensación de que no digo sólo lo que yo siento sino que hablo en nombre de los innumerables lectores, discípulos, colegas y amigos de don José Manuel Blecua Teijeiro, cuando afirmo que el Premio Menéndez y Pelayo con el que hoy se le honra nos causa a todos una satisfacción profunda y muy singular. Es la de sentirnos solidarios, cómplices y como implicados en el reconocimiento de una obra —escritura, forma de conducta, estilo de enseñanza, índole de convivencia universitaria— que ha pasado en tantos casos a incorporarse a nuestras propias vidas o, al menos, a estar presente en ellas como modelo próximo y guía inmediato a lo largo de muchos años. Esta obra de un hombre de letras, consagrado a la filología y la historia literaria, se nos aparece como la realización plenamente lograda y absolutamente admirable de una vocación ejemplar.

Me explicaré, recordando muy brevemente algunos aspectos de este quehacer. Pero quiero apuntar primero la circularidad del suceso, desde el punto de vista de la vinculación de

José Manuel Blecua a las clases estivales de Santander. Pues hace casi sesenta años, el año de 1933, él acudió como becario a la Universidad Internacional que durante el verano regentaba Pedro Salinas y en la que profesaba quien luego sería su gran amigo y objeto de estudio, Jorge Guillén. Eran otros tiempos, sin duda, dentro del espacio tan bello que era ya la península del Palacio de la Magdalena. Blecua tenía aquel verano 20 años, pero era Licenciado en Derecho y en Letras por la Universidad de Zaragoza. Pocos meses después, como catedrático de Lengua y Literatura Españolas, sería destinado al Instituto de Cuevas del Almanzora en Almería. Como sabéis, aquella zona de Almería conoció una época de relativa brillantez cultural durante la Edad de Bronce. Allí comenzaba, tan modestamente, la carrera, precoz, seria, siempre en progreso, de José Manuel Blecua como profesor de Literatura Española.

Es efectivamente lo que ha sido y sigue siendo. Hoy las cátedras de literatura en la Universidad suelen circunscribirse a un solo período, y la figura de profesor de Literatura Española está en peligro de extinción, sobre todo en España. Mientras no exista una reserva natural para los pocos ejemplares que quedan, conviene admirar a quienes han conocido, cultivado y amado nuestra literatura cabalmente, siglo por siglo y en su conjunto. No hay época que José Manuel Blecua no haya investigado o cuyos autores no haya presentado e interpretado. Recuérdese el proyecto de introducción pedagógica de los textos principales de la literatura española en libros de pequeño formato, accesibles al más limitado bolsillo, como los de Hachette en Francia, que él lanzó en Zaragoza con unos amigos después de la Guerra: la colección de Clásicos Ebro. Desde un principio el joven Blecua se ocupó de un clásico de la Edad Media, don Juan Manuel, ya en 1938, con motivo del *Libro infinido*, al que vuelve años más tarde, pues en 1982 publica una edición crítica de las *Obras completas* del mismo escritor. A los grandes poetas del Siglo de Oro consagrará numerosas investigaciones, algunas de las cuales, las más breves, se reúnen en un volumen de Gredos del año 1970, titulado *Sobre poesía de la Edad de Oro*. Cierto que se destacan las im-

portantes contribuciones al conocimiento de Fernando de Herrera, en la edición de sus *Rimas inéditas,* del año 1948, así como al de Quevedo y Lope de Vega. Pero se advierte también la atención que dedica Blecua al escritor menor, olvidado o inédito. Con él aprendemos a conocer, por ejemplo, al erasmista Lázaro Bejarano, que se trasladó al Nuevo Mundo y dijo aquello de «San Pablo no se entendió hasta que vino Erasmo y escribió», o al Conde de Rebolledo, poeta didáctico y embajador de Felipe IV en Dinamarca, o a Agusto Ferrán, traductor de Heine y amigo de Bécquer. Y por mucho que se extienda esta capacidad de atención, no se abandona nunca un primer círculo concéntrico, el que ocupan los aragoneses leídos o releídos, como Diego de Fuentes, poeta ignorado del siglo XVI, los Argensola, Baltasar Gracián, con su amigo el historiador Andrés de Uztarroz, y pasando a nuestra época, Ramón Sender o Ildefonso-Manuel Gil.

En semejante visión de conjunto se basa la *Historia de la literatura española* que aparece en 1941, como también las variadas antologías que componen un sector curioso de la producción de nuestro crítico. El antólogo es un superlector de primerísimo rango, que orienta las lecturas de los demás, interviniendo en nuestro acceso a múltiples textos, modificando nuestro horizonte de expectativas. Pues bien, José Manuel Blecua es, *inter alia,* un estupendo antólogo. Recuerdo tres colecciones monotemáticas, consagradas a los pájaros, las flores y el mar; y sobre todo la *Floresta lírica española,* publicada por Gredos en 1957 y reeditada varias veces, que es una caja de sorpresas. Su talante de explorador y lector entusiasta le lleva a dar entrada a numerosos nombres olvidados, o a poemas anónimos, elegidos, a mi juicio, con considerable acierto y gusto muy seguro.

Ese mismo talante de descubridor ha hecho posible una forma de saber y de actividad muy característica de nuestro historiador, que es su relación directa con los materiales y fuentes originales que se conservan en los archivos y bibliotecas de la nación. Nadie conoce mejor los manuscritos, códices y cancioneros poéticos que venían pidiendo por toda España

la atención del investigador sagaz y paciente. José Manuel Blecua ha sido ese investigador, desde el estudio y la publicación del *Cancionero de 1628,* que se hallaba en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, hasta su lectura de textos de Herrera, de Góngora y de muchos autores más, sin olvidar, otra vez, las atribuciones menores, como la de la canción «Ufano, altivo, enamorado, alegre», que ya no es de Mira de Amescua sino de José de Sarabia, secretario del Duque de Medina Sidonia, o la de algunas traducciones de Horacio que no se deben ahijar a fray Luis de León. Es ésta la preparación, incansable y constante, que ha fundamentado, por supuesto, la construcción de esos verdaderos monumentos de sabiduría textual que son las ediciones de don Juan Manuel, de Quevedo, en tres grandes volúmenes de la editorial Castalia, de Lope de Vega y, más recientemente, en 1990, de la *Poesía completa* de Fray Luis. Este tomo da cabida a las imitaciones y traducciones, pero también a la consideración de todas las atribuciones existentes, y con anterioridad, en una Introducción de 150 páginas, de los numerosísimos manuscritos que se hallan en bibliotecas nacionales, extranjeras y particulares. El aparato de variantes que lleva cada poema es asombroso. No tengo palabras para justipreciar la pulcritud, la enorme información, la minuciosidad, el cuidado exactísimo, la entrega generosa que demuestra la publicación de esta gran edición crítica de fray Luis. ¿Hubiera sido posible hace un siglo en este país, o siglo y medio? Es muy probable que no; y pienso que reconocemos ahora un nivel de ética profesional que ha representado un paso adelante en la historia de España.

He utilizado el adjetivo generoso para describir la actitud del estudioso ante el autor estudiado y ante sus lectores, pero claro está que no puede aplicarse solamente al trabajo del investigador. Los alumnos y amigos del profesor Blecua —algunos, ilustres— saben hasta qué punto él lo ha sido con ellos extremadamente, a la hora de corregir una tesis o un artículo, y de ofrecer tantas cosas, desde la ayuda más espléndida y concreta hasta, sencillamente, todos los días, su interés y su tiempo.

Me referí al principio a la realización de una vocación ejemplar. ¿Vocación? En esta ocasión entiendo mejor este concepto. Es la fiel respuesta a un llamamiento consciente, no a una querencia instintiva. Es céntrica y constituyente, al revés del *hobby* o la mera afición. Como no se confunde con el deber, aunque sí con el trabajo, tiende a ser jubilosa, a ser constante, y en suma, a ser definitiva.

Una de estas constantes ya se manifiesta plenamente cuando los talleres del «Heraldo de Aragón» terminan de imprimir, el 10 de febrero de 1949, el libro titulado *La poesía de Jorge Guillén*, que José Manuel Blecua comparte con Ricardo Gullón. Las páginas escritas por nuestro premiado, que son las más —170—, ofrecen uno de sus ejercicios más logrados de crítica literaria. Desde aquella fecha ha llovido mucho, en lo que toca a bibliografía guilleniana. Pero el comentario de Blecua en este libro, el primero que se dedica a Jorge Guillén en España, ha conservado toda su frescura, su eficacia y su certeza. Creo que no carezco de cierta objetividad cuando considero enteramente acertado todo lo dicho, por ejemplo, acerca del aire, el árbol, la noche, la lírica del objeto, la estrofa, el sustantivo sin artículo, el adjetivo antepuesto de carácter no sintético sino cualitativo, y tantos aspectos más de una poesía que el crítico vive profundamente, gozosamente, atento de verdad a lo humano de todo cuanto el escritor siente y comunica.

Es lo que el propio poeta agradece, con motivo de ésta y de otras publicaciones, a lo largo de muchos años de amistad. « ¡Qué entusiasmo, qué gran conocimiento y cuánta probidad! », escribe en carta del 2 de agosto de 1946, con motivo de la *Historia de la literatura.* Y a raíz de un artículo de *Ínsula,* en carta del 1.º de marzo de 1948: «trabaja usted mucho, y con sabiduría, y con entusiasmo... Hasta tiene usted tiempo para escribir sobre *Cántico*..., y me admira ante todo lo bien que conoce usted, y en todos sus rincones y pormenores, el mundillo de *Cántico.* No sé cómo agradecerle su atención, su comprensión, su tino. Nada tengo que oponer a sus interpretaciones, que me parecen acertadístimas, es decir, coincidentes con las *intenciones* del autor».

Muchas oportunidades confirmarán esta alianza en la amistad. Todo sucede como si la poesía de Guillén estuviera hecha para ser leída y entendida por Blecua; y como si Blecua hubiera nacido para entender la poesía de Guillén. Y es que son decisivas, a mi entender, las cualidades que tienen en común la vocación del crítico y la del poeta: la capacidad de atención, la exactitud, y ese rigor que contiene una tensión moral, y esa minuciosa elaboración diaria de la obra bien hecha, tal vez perfecta. Y la voluntad, si, la voluntad de sobreponerse a las adversidades de la vida.

CLAUDIO GUILLÉN